

LA IMPORTANCIA DEL PENSAMIENTO DE RATZINGER EN LA DEFENSA DE LA RAZÓN

Vicente Ramos Centeno

RESUMEN:

La evolución de la Modernidad ha terminado estrechando y empobreciendo la razón. Así, por ejemplo, hoy hasta han desaparecido conceptos como "naturaleza humana" y "Derecho natural". Ratzinger nos pide ampliar "nuestro concepto de razón y de su uso". Él se opone a las concepciones irracionales de Dios y de la religión, de la historia y del fundamento de la convivencia. La "luz divina de la razón", dice, ha de ser órgano de control de la autenticidad de la religión, ha de hacer frente a las concepciones irracionales y nihilistas de la historia que niegan a Dios e insultan al hombre, y también a las concepciones irracionales del fundamento de la convivencia. Para ello, añade, es necesaria una nueva alianza de fe y razón, pero esto implica que el cristianismo no se trivialice a sí mismo.

ABSTRACT:

The evolution of Modernity has ended up narrowing and impoverishing reason. Thus, for example, concepts such as "human nature" and "natural law" have disappeared today. Ratzinger asks us to expand "our concept of reason and its use". He opposes irrational conceptions of God and religion, of history and the foundation of living together. The "divine light of reason," he says, must be the organ of control of the authenticity of religion, must face the irrational and nihilistic conceptions of history that deny God and insult humanity, and also the irrational conceptions of the foundation of living together. For this, he adds, a new alliance of faith and reason is necessary, but this implicates that Christianity does not trivialize itself.

PALABRAS CLAVE: *Modernidad, razón, estrechamiento de la razón, religión, historia, convivencia, alianza fe y razón.*

KEYWORDS: *Modernity, reason, narrowing of reason, religion, history, living together, alliance faith and reason.*

1.- INTRODUCCIÓN

Seguramente nuestros tiempos serán un día caracterizados como los tiempos de la crisis de la razón. O, como ha dicho Ratzinger muchas veces, tiempos de estrechamiento de la razón. La Modernidad que en Lutero significó la ruptura entre razón y fe, en la

ciencia y en la filosofía comenzó con una gran confianza en la razón. Más, poco a poco, con acontecimientos decisivos, como la pérdida por España y la Casa de Austria de la Guerra de los Treinta Años y la hegemonía del norte protestante en el panorama europeo, fueron surgiendo formas de filosofía, como el empirismo, en los que la razón fue cada vez más estrechada y los

Europeos muchas veces llegaron a la conclusión de que la razón no era instrumento válido para saber de lo verdaderamente esencial.

No sólo en Kant buscando poner límites a la razón, y no digamos en Nietzsche y Heidegger, sino en muchas otras filosofías, de todas las tendencias y pelajes, la desconfianza en la razón oscurece el espíritu de los europeos por lo menos desde el siglo XVIII. Bien lo vieron primero Husserl y luego Bloch y los de Frankfurt, que criticaron la reducción de la razón a razón instrumental que no sabe nada de fines. La razón ha estado perdiendo terreno hace ya demasiado tiempo, y esa pérdida constante nos ha llevado a un mundo “sentimentaloides y cutre”, como me decía no hace mucho un hombre sabio y yo mismo ya he recordado alguna vez. Un mundo de una razón tan empobrecida y estrechada que hasta han desaparecido los conceptos de “naturaleza humana” y “Derecho natural”. Véanse las cosas que ahora se escriben sobre la fundamentación de la moral y del derecho.

Esto todo está llevando a leyes inicuas y prácticas aberrantes, algunas de las cuales costaron la horca en Nürenberg, pero que ahora son cada vez más aceptadas en una sociedad de masas mandibles como ovejas, cada vez más conformes con los valores nazis y estalinistas.

Necesitamos reconstruir la razón, “ampliar el concepto de razón y de su uso”, dice muchas veces Ratzinger, volver a reconocer a la razón la capacidad para saber de lo verdaderamente esencial y ejercerla. Y en esta circunstancia el pensamiento de Ratzinger puede sernos de una gran ayuda. Ratzinger es un pensador de nuestro tiempo que ama la razón, que cree en su capacidad para saber de lo verdaderamente esencial, que la considera una “luz divina” que debe servirnos de criterio en todas las cuestiones de la vida.

Ratzinger ha visto muy bien el peligro de una visión irracional de la realidad y de la praxis. Ahora sólo quisiera considerar tres peligros que él ha visto muy bien: el peligro de una visión irracional de Dios y de la religión, el de una visión irracional de la historia y el de una concepción irracional del fundamento de la convivencia.

1.- LA CONCEPCIÓN RACIONAL DEL CRISTIANISMO DE RATZINGER. LAS PATOLOGÍAS DE LA RELIGIÓN Y DE LA RAZÓN

Ratzinger sabe de la fuerza de la religión, de la realidad de la religión en la vida de los hombres y de los pueblos. No cae en esa trivialidad, como es lógico, siendo quien es, de tantos autores modernos y contemporáneos que reducen la religión a superstición o a expresión de situaciones sociales. Pero sabe también de sus peligrosas patologías.

Y esas patologías, considera Ratzinger, no se dan sólo en formas del hinduismo o del islam conocidas por todos, sino que también en el cristianismo se dan cuando se renuncia a la armonía entre fe y razón. La “luz divina de la razón”, dijo en diálogo con Habermas, debe ser “como un órgano de control” de la autenticidad de la religión.

Defiende Ratzinger que el cristianismo, desde el principio, optó por el logos y por la verdad, optó por la razón y defendió que su asunto era la verdad, del mundo, del hombre y de Dios. Por eso anota algo muy interesante: el cristianismo, desde el principio, no dialogó con las religiones, sino con la filosofía. Porque también ésta se ocupaba de la verdad y de la razón. Y es que la salvación, dice este pensador, no está en las religiones mismas (cuántas cosas sin sentido se dicen hoy a este respecto, se me ocurre a mí), sino en la verdad.

La fe cristiana, hasta la ruptura protestante, siempre fue aliada de la razón y la creencia en el Dios cristiano, podríamos añadir, racionaliza el mundo. Nietzsche sabía bien estas cosas, de ahí que su rechazo de Dios y su rechazo de la razón, de la historia de la razón tal como se ha mostrado en la historia de la filosofía occidental, vayan unidos.

El cristianismo, tal como lo concibe Ratzinger, es aliado de la razón y debe ser aliado de la razón. Y además es una religión que tiene una base racional esencial: el cristianismo no es un mito, sino una historia. Su justificación racional es la historia de Cristo, que conocemos realmente.

Pero, si puede haber patologías de la religión, también las hay de la razón. En el tiempo moderno y contemporáneo ha habido muchas formas patológicas de la razón, todas aquellas que la han reducido y estrechado, hacen de la razón mera razón instrumental y privan a la razón del saber de lo bueno y de lo justo, y de estar abierta a las preguntas definitivas, considerando la religión y sus preguntas como mera ilusión supersticiosa. Habermas mismo, en diálogo con Ratzinger, ha admitido el sinsentido contemporáneo de esta mutilación de la razón.

2.- CONTRA LA CONCEPCIÓN IRRACIONAL DE LA HISTORIA

Otra cosa muy importante del pensamiento de Ratzinger es su lucidez para captar cómo la ruina de la razón ha llevado a una concepción irracional de la historia. Y, efectivamente, vivimos en una sociedad en que una concepción cátara, nihilista y resentida de la historia se ha hecho común, y de las cátedras universitarias esta visión ha pasado a los discursos políticos y al sentir de la gente en general. La consecuencia de todo esto es muy clara: la negación de Dios y el insulto del hombre. Lo dice así de explícitamente Ratzinger: “Utilizamos los

horrores de la historia humana, precisamente también de la más reciente, como pretexto concluyente para negar la existencia de un Dios bueno y difamar a su criatura, el hombre” (RATZINGER – BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret. Primera Parte*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2007, pág. 195).

Necesitamos, es razonable pensar con Ratzinger, una concepción nueva de la historia, distinta de la que hoy domina el alma envilecida del hombre contemporáneo, y más fiel a la verdad y a la humanidad. Y yo creo que el pensamiento de nuestro autor puede ser muy importante para la construcción de esta nueva concepción de la historia.

La concepción de la historia de Ratzinger es la del cristianismo. Y como toda concepción sería de la historia, incluida la del mismo Marx, se plantea el problema del fin de la historia, del sentido de la misma. Y el fin de la historia, como es lógica en este teólogo cristiano, es el Reino de Dios. La historia camina hacia el Reino de Dios y ése es su fin.

Pero, ¿qué es el Reino de Dios? Porque en estas cosas ha habido mucha confusión en el mundo contemporáneo. Ratzinger deja muy claro que el Reino de Dios no se identifica con ningún proyecto o programa político. Su lucidez podemos verla bien claramente cuando observamos cómo proyectos políticos que se consideraban el fin de la historia no hace muchas décadas se han vuelto hoy imposibles e indeseables. Pero el Reino de Dios, la soberanía de Dios, que conlleva la salvación del hombre, no se identifica con ningún proyecto político, él juzga todo proyecto político e indica a la historia su dirección.

Es importante meditar esto, porque Ratzinger llama la atención al cristianismo para que no se equivoque, se trivialice y pierda su especificidad. El peligro actual de trivialización del cristianismo es algo sobre lo que han llamado también la atención otros

muchos autores contemporáneos, como Metz y Kolakowski. Pero Ratzinger insiste a los cristianos: Cristo no es un rebelde (no rechaza la Torá) ni un liberal (no es un maestro que quiera suavizar el rigor de la moral) ni un zelote (no es alguien que quiera imponer el Reino de Dios por medio de la violencia). Lo que nos trajo Cristo fue a Dios y lo que predicó fue la llegada del Reino de Dios, la soberanía de Dios.

Todo esto es importante, porque el cristianismo ha sido la mayor fuerza generadora de historia de la historia, y lo que sea el futuro dependerá mucho del futuro del cristianismo y de cómo éste se entienda a sí mismo.

3.- LA IRRACIONALIDAD DEL ATEÍSMO QUE DEJA SIN FUNDAMENTO DE VERDAD LA CONVIVENCIA HUMANA

Considero que otra de las muestras de la irracionalidad de nuestro mundo es lo que suelo llamar “la instalación en la muerte de Dios” del pensamiento contemporáneo, es decir, el poner acriticamente el ateísmo como punto de partida. Pero esto produce efectos perversos, la muerte de Dios aceptada acriticamente ha producido y produce efectos perversos.

Ratzinger habla con mucha claridad de los efectos perversos de nuestra cultura atea en el Tercer Mundo. Es ella la que ha transformado en *Tercer Mundo* al Tercer Mundo. No les hemos llevado a esos pueblos al Dios conocido en Jesucristo, sino que les hemos arrancado su alma sin respetar tampoco lo que pudiera haber de racional y humano en sus tradiciones, de modo que también los hemos convencido a ellos de que lo único importante es el poder y las ganancias.

Podíamos añadir también que la actual persecución mundial del cristianismo, en que nuestro mundo ateo ejerce el papel de aliado objetivo de los asesinos, muestra bien también los efectos perversos de la muerte de Dios.

Comentando la parábola de los viñadores inicuos, nos dice también Ratzinger que, contra lo que pensara Nietzsche, la muerte de Dios no nos ha hecho a nosotros los dueños de la viña. Los dueños son otros, los grandes poderes internacionales. Podríamos decir nosotros que, contra lo que decía Marx, en nuestro mundo ya no se nos proponen flores en la cadena, hoy se nos propone (eso es lo progresista) soportar las cadenas sin rastro de flor alguna.

Este es el mundo sin referencia a Dios que hemos construido. Pero sin esa referencia, dice Ratzinger, se degradan el derecho y la moral. Porque la verdad es que “el principio de la mayoría no basta”, como se vio en el régimen nazi (*Discurso en el Bundestag*, 22 de Septiembre de 2011).

Ratzinger afirma que las ideas de los derechos humanos, de igualdad de todos los hombres, de libertad y dignidad de las personas, son ideas que han ido siempre unidas a la creencia en Dios, en el Dios de Israel que nos trajo Cristo. No se puede prescindir de esta *herencia*, dice Ratzinger, para construir una sociedad humana. Necesitamos *la verdad* que recibimos por herencia. Los resistentes antinazis tenían razón porque heredaron una herencia que provenía de la creencia en Dios.

Ratzinger sabe de sobra que no se puede imponer la fe, pero que tampoco podemos renunciar a esta herencia de verdad si queremos vivir como hombres (Cf. RAMOS CENTENO, *Pensando con Ratzinger*, BAC, Madrid, 2016, pág. 117).

Desde luego, lo que no parece razonable a estas alturas son las tesis de Nietzsche o de nuestro contemporáneo Rorty. Ellos rechazan el concepto de verdad y Rorty, con otros muchos de hoy en día, llega a acusar a los defensores de la verdad de defensores de la dictadura. Pero el hecho es que todas las dictaduras se han basado en la mentira, dice Ratzinger, y que sin verdad el poder es de los fuertes.

En conclusión, yo preguntaría a progresistas y postmodernos: ¿Permitiríamos, porque lo quiere la mayoría y no hay verdad objetiva alguna, un régimen que echara por la borda toda nuestra tradición humanista, un régimen totalitario, un régimen racista, que exterminara a los débiles, que persiguiera a los creyentes, que inculcara ideología en vez de educar y enseñar el conocimiento de la realidad, que legislara la explotación bárbara de los obreros, que considerara que las mujeres tienen menos derechos que los varones? ¿Permitiríamos algo así y lo consideraríamos justo, dado que no hay verdad y la mayoría ha votado un programa semejante? ¿De dónde sabemos que eso no sería justo y que los disidentes serían los que tenían razón?

Otra pregunta haría, en las terribles circunstancias que vivimos en nuestros días: ¿Puede el vacío resistir al fanatismo?

Termino con una advertencia a los cristianos, inspirado en ideas de Ratzinger (y también de otros autores): no trivialicen su mensaje, el vino nuevo no es vino aguada. Quizá les ayude recordar estas ideas de Bloch, un autor no precisamente cristiano, sino judío ateo que se llamaba a sí mismo marxista:

. “El cristianismo es altivez” y
“voluntad de no dejarse tratar como ganado”

. “El cristianismo no es sólo un clamor contra la miseria, es un clamor contra

la muerte y el vacío y hace portavoz de ambos al Hijo del Hombre”

